

a tu esposo, tras de despreciar a tu madre, -le grita- también quieres robarle los esposos a las mujeres honra- das? Eres una malvada!" Y ella, embriagada, al oír gritar esto, la ~~ataca~~ <sup>ataca</sup> con una botella y le da con ella. La esposa de este hombre cae ensangrentada. El la agarra al verla, vesánica, con el cuello de la botella en la ma- no, ella se desprende de él ante la realidad y se dirige al público anhelante: "Malvada yo?, soy yo una malvada realmente?" Y el telón cae lentamente.

Tía Marina.- Debe haber sido un triunfo. Debiera haber estado allí, pero esta caprichosa no quiso ir. Le felici- to.

(Se retira la tía Marina.)

#### Escena IV

(Nora y Gilberto)

Nora.- (Con desprecio.) Me había<sup>W</sup> dicho que era muy cruda y ya veo que usted trata allí muy despectiva- mente a la mujer.

Gilberto.- (Herido.) Nora, convéncete de que los pro-

blemas del mundo hay que tratarlos con energía, con realismo amargo para que podamos despertar si se quiere, pero ¿qué pensarán cuántos ~~señores~~ vieron al final de la obra cómo la malvada al ver que la honradez de otra mujer le ha de destruir sus planes, le da el botellazo? Es entonces cuando despierta a su propia realidad. Por eso se la hace gritar confundida, como preguntándole al público, para que juzgue: "Malvada, yo? ¿Soy yo una malvada, realmente?" Esa es la pregunta que se hace todo ser humano cuando la sociedad le detiene para juzgarle: "Me juzgáis a mí? Y ¿por qué?" Vivimos sin fijarnos cómo vivimos y en cada cuál se repite esta pregunta constantemente. La sociedad es una balanza de justicia continua donde se vive oficiando entre el juez y el acusado.

Nora.- Bueno... Puede ser una teoría interesante, pero se debiera ser más cortés y decente con una dama.

Gilberto.- Comprendo tus sentimientos, Nora, pero alguien debe haber interpretado erróneamente el sentido del drama ante tí. Es cierto que es la realidad, que es el reflejo de la vida de una mujer, H, B o Z, pero la obra no alude a ningún recuerdo de mi pasado, ten esa seguridad.

Nora.- Eso no me hubiera preocupado, ni afectado en lo más mínimo. La vida en ciertos casos es como una moneda puesta a girar sobre su filo: Gira tan rápida, veloz y vertiginosamente que nadie puede predecir qué cara da a los demás ni qué puede resultar después de lo que nos deslumbraba con sus brillos hoy. Por eso debemos olvidarla pronto.

Gilberto.- Tu apreciación es honrada, Nora, quizá hiriente, pero recuerda que esa misma moneda sólo tiene dos caras y cuando cesa de girar ha de dar una de las dos. Como una moneda, la vida tiene dos oportunidades: Una, la de ser humanamente buenos, y la otra, la de sucumbir al violar las leyes del universo.

Nora.- Usted olvida, Gilberto, que las leyes de la psicología dicen que cada individuo es producto de su ambiente y que su medio es propio y personal, acompañándole doquiera que vaya. Por eso, como me dijo una vez, Marx sostiene que el hombre modifica la naturaleza y ésta, a su vez, le modifica adaptándole mejor.

Gilberto.- Estoy verdaderamente sorprendido. Eres muy inteligente y profunda en el pensar...

Nora.- Oh no, tan sólo opino que hay el derecho de opinar, sentir y pensar para cada cuál.

Gilberto.- (Paseándose por la sala y con ademanes.)

Nora, comprendo que te encaminas a negarme un derecho y por ello alegas méritos a los tuyos. Sin embargo, eso no cambia mis anhelos hacia tí. A través de los años que han pasado y de todas las pruebas, me he mantenido igual. He sido, realmente, como un paraguas: Por más que me hayan empapado muchas tormentas y torrenciales, debajo siempre te he llevado cuidadita e indestructible.

Nora.- (Siguiéndole con la mirada.) En mi manera de ser, no he cambiado tampoco. Imitando su metáfora, puedo asegurarle que he vivido bajo mi sombrilla y ha podido brillar mucho el sol, pero siempre me he resguardado de sus efectos.

Gilberto.- Me hiera ese sentir. Tú sabes, Nora, que mi retorno a esta casa no lo obliga el sentirme triunfante. Sé que sería indigno el seducirte con las glorias y el reclamo que hoy me rodean. Tú sabes, Nora, que mi amor no tiene senderos, que lo llena todo como las aguas de un río cuando se desborda. Tú dirás que he venido ahora porque, vencedor, represento un partido, un don juan, lo que quieras pensar. Pensarás que ahora tu tía Josefa no verá en mí un ridículo pretendiente y que,

por eso, vengo. ¿No es cierto?

Nora.- (Hiriente.) No deja de serlo.

Gilberto.- Pues bien, entonces puedo decirte algo muy hondo que llevo en el alma: Yo soy como los ríos cuando se crecen, buscan los alrededores, se salen de sí y cubren los caminos vecinos con el deseo de cantar al universo cómo hierve la vida y la pasión dentro de sus aguas desbordadas.

Nora.- Hay cosas que ni las más grandes crecientes de un río pueden alcanzar, Gilberto. Por ejemplo, la pequeña fuente que corre paralela bajo del lecho del río impetuoso de que hablas. Soy como esa fuente, como ese curso subterráneo, me basta con vivir en las sombras, realizando mansamente mi misión en la vida, sin buscar los aplausos estruendosos, ni las vanaglorias necias. Huyo del saludo hipócrita, me basta con ser lo que soy, Gilberto. Debe comprenderlo bien. No puedo ser al mismo tiempo dos cosas: Una mujer que sigue la vorágine de una gloria nacional como usted y el vórtice de una familia que todo lo recibirá de mí. No se puede ser río caudaloso y arroyo de regadío al mismo tiempo...

Gilberto.- (Al bajar la voz, Gilberto la mira extasiado un momento, comprendiendo la realidad. Ella le sigue tiernamente también. El camina por la sala pensativamente.) (Murmurando.) Lo curioso es que aún me ama. Es terrible estar unido a un destino y dejarse vencer por él. No atreverse a ser valiente...

Nora.- ¿Qué tiene, Gilberto? ¿Le he lastimado en su orgullo de escritor? ¿Pasa algo? No quería yo que... Oíja, ¿le sucede algo?

Gilberto.- Nada, Nora. Tus razones son poderosas y siempre lo han sido. Comprendo que todos no nacemos para impulsar los hechos de la vida. Pero, por lo menos deberíamos ser más honrados al pensar y reconocer que nos queremos. Que nada podrá destruir esa pasión y reverenciarnos recíprocamente ya que es tu voluntad no gozar del placer que otros disfrutaban en demasía con menos derechos: El amor!

Nora.- Sería engañarnos, Gilberto. Sería como un panal sin mieles porque no puede existir el amor donde hay imposibles. Por lo menos, no se necesita ser valiente para aceptar esto.

Gilberto.- Nora, ¿recuerdas lo que dijiste hace un momento sobre la naturaleza? Está muy bien, pero recuerda que hay leyes superiores a la naturaleza: Son las leyes del universo, Ni Dios, ni la naturaleza, ni el hombre pueden violarlas. El sol siempre girará en tal forma y la distancia relativa entre los astros será constante. Será siempre la energía más la materia: Nada se crea, nada se destruye. El calor siempre aumentará el volumen de los cuerpos y jamás hará lo contrario. Es una ley universal. Las leyes del hombre, las que él dicta para su bien o para su mal, son leyes de él, están sujetas a cambios. Cualquier ley del hombre que viole las del universo tiene que sucumbir, porque son las leyes del orden y sistema universal, que no tienen transformación. El secreto de triunfar en la vida es obedecer al universo.

Nora.- (Extrañada.) ¿Qué ley podríamos estar violando nosotros?

Gilberto.- La de la atracción universal.

Nora.- ¿La ley de la atracción no implica una ley de repulsión al mismo tiempo? ¿No es parte de esta ley el que los polos comunes se repelan?

Gilberto.- En la vida, Nora, es lo natural que se busquen los opuestos: Un hombre y una mujer, por ejemplo. Un río caudaloso y un arroyuelo: Tú y yo.

Nora.- Acaso eso sólo es suficiente? Si... ✓

Gilberto.- Nora, no nos engañemos. Tenemos experiencias de que nos liga un no sé qué, algo que no podemos desterrar de nosotros. Quizá en la vida, en el mañana, desorganizadas nuestras fuerzas internas, sean otras las relaciones que tengamos, pero como las unidades de un ímán, donde quiera que vayamos, esa fuerza que nos unió por primera vez sin que hubiéramos podido evitar ni controlarla se mantendrá eterna. Porque las fuerzas del universo, Nora, se manifiestan así, por primera vez, en quienes debe<sup>v</sup> cumplirse. De ahí el principio bíblico que dice: "Como era en el principio, por los siglos de los siglos. Así será."

Nora.- (Inconscientemente.) "Sicut era in principio, per sécula seculorum. Amén." (Volviendo en sí.) Es verdad, pero nuestro amor dista mucho de ser una ley universal. Si lo fuera los obstáculos serían aparentes, pero tú sabes que son fundamentales.



Gilberto.- Entonces, Nora, ¿aceptas que sí existe nuestro amor?

Nora.- Como algo platónico, irrealizable, imposible, abstracto. Como en una novela donde alguien debe morir en la propia cárcel de su destino sin llegar siquiera a ver realizados sus deseos.

Gilberto.- (Exasperado.) Eso es falso, antagónico, inaceptable. Si nos amamos, ¡debe ser!, debe tener vida!

Nora.- Gilberto, ¿no es parte de la ley de atracción que los elementos químicos se unan y atraigan entre sí formando una molécula, una mezcla, una combinación? ¿No es parte de esa misma ley que los órganos y elementos del cuerpo humano se mantengan en el lugar que les corresponde? Como tú y yo, ¿uno en el sacrificio y el otro en la gloria? ¿No es cierto esto?

Gilberto.- Nora, nuestra ley no se expresa en realidad, así. Me sorprenden tus recursos para huir de la verdad, la realidad palpable de nuestro amor. Las moléculas químicas deben desintegrarse para formar nuevos compuestos; los elementos humanos han de sufrir división cariocinética, tú lo sabes por tus clases de biología, para originar nuevos seres vivientes.

Nora.- Pero nos debemos a nuestros familiares y a nuestras obligaciones como tales. ¡No podemos violentar el ritmo del hogar sin destruirlo!

Gilberto.- Nora, ¿por qué te obstinas en huir de ti misma? Me recuerdas a los niños que nunca creen estar seguros de lo que hicieron. ¿Por qué tendrán que haber seres que no tengan fe en sí? ¿a quienes les falte la confianza en su porvenir?

Nora.- Debe haberlos, son las fuerzas de la tradición; ellos contemporizan; son los retenedores en la loca carrera de esta vida. Cada mujer es uno de estos pilares que detiene la marcha de la humanidad. Si no fuera así, Gilberto, la humanidad repetiría el ejemplo de los carneros aquellos que uno a uno se fueron despeñando tras el loco primero. Sería una avalancha que se lanzaría al futuro sin saber qué les espera. ¿Qué hay en el futuro? ¿Qué viene después? Los hombres marchan ciegos hacia él, guiados por sus ímpetus y sus violencias. Arrasan los pueblos y las campiñas incitando a la matanza, en los pálpitos de la patria, los generales de la guerra prostituyen a la mujer con un falso fervor patriótico. ¿Hacia dónde vamos en este caos?, ¿qué suerte te depararán tus ideas rebeldes?, ¿tus escritos? ¿Tu franqueza

no te ha de llevar, algún día, a enemistar con quienes ayer aplaudieron, frenéticos, tus dramas y tus estudios de hoy? ¿Qué quieres que haga?, no puedo evitar el pensar así: La mujer es conservadora. Es la fuente subterránea que sigue su marcha por el camino trillado. Vosotros, los hombres, Gilberto, sois el torrente impetuoso. Nosotros seguimos nuestra senda interna, concentrando el jugo de la vida en nuestra unidad femenina; vosotros saltáis sobre pedregales y bosques, voláis en las nubes y corréis a los submarinos de guerra: Sois polifacéticos, andáis brincando. ¡Nuestros destinos son distintos!

Gilberto.- (Emocionado.) ¡Jamás había oído estas palabras antes en tí!

Nora.- Los años y la conciencia de lo que sentimos nos hace mujeres temprano, Gilberto. Ustedes pueden ser niños toda la vida o desde niños, trágicos para siempre.

Gilberto.- (Vencido.) Y no crees que es trágico negar el sentido humano del universo y del sexo.

Nora.- No hay vida de amor cuando un eje no coincide en la rueda que impulsa a dos seres. Piensa en nosotros, Gilberto, suponte que una mi vida a la tuya, mi tía

Josefa no te quiere, más bien te aborrece: Nuestra vida será amarga porque para unirnos tendríamos que hacerlo sin su consentimiento. Marcharíamos perseguidos por una oposición constante y si tus triunfos fueran cada vez más ruidosos me vería más ligada a tí, más obligada a atenderte, a librarte de quienes serán tus falsos amigos. Soy celosa, Gilberto, lo soy con las amistades, ¿cómo no lo sería con las mujeres que te pidieran siquiera el autógrafo?

Gilberto.- Renunciaré a todo por tí, volveré a mi morada humilde, lejos de los propósitos de gloria y aplausos...

Nora.- Eso también es imposible, Gilberto!, y no te puedo obligar a ello. Serías como un ruiseñor prisionero, como un águila sin alas. Me increparías, furioso, un día, y te lanzarías a tu verdadera vida, la del reclamo y del combate. Le tengo miedo a esa vida. No te niego que la anhelo y la envidio, pero me volvería loca. Si fueras un loco, alguien que ha de componer obras maestras y que, como Nietzsche y tantos otros, va a vagar en su propio mundo fantástico, te seguiría como una enfermera bondadosa, te cuidaría mimosa y solícita.

Faro siempre serás práctico y humano, serás crítico, rebelde, revolucionario y político en pie, y jamás perderás la proporción de tus actos. Lo sé...

Gilberto.- Nora, has dibujado mi senda y esto me trae el recuerdo de aquellos primeros días de nuestro amor cuando soñaba con escribir la biblia de este pueblo con todas sus pasiones, luchas y dolores. Una vez pensé seriamente que algún día terminaría loco, o sería un político desterrado, o un revolucionario peligroso, y entonces ¿qué vida te podría ofrecer? Aquellas horas fueron tormentosas en mi vida. Y aún no sé qué pensar, Nora. A veces cuando converso conmigo mismo, me digo honradamente: "Ella tiene razón, Dios sólo sabe en qué fosa termina uno!"

Nora.- Yo daría mi vida por tí y la daré siempre como la da un hermano, pero no para ligarme a tí. No podría hacerlo nunca. Sería una espina en tu vida. Repetiría en tus horas de prueba el horrible "ecce homo" de Cristo.

Gilberto.- No comprendo...

Nora.- En tus horas de grandeza no podrías estar

solo, yo no sabré nunca abandonar a los míos y ellos no sabrían nunca hacerte feliz. Suponte... si, por el contrario, tus ideas en favor de los que sufren y aman ignorados, te llevan a ser un perseguido, ¡qué carga la que sería para tí! No podrías ser el revolucionario auténtico porque para serlo hay que dejar de dar pan a un hogar y detrás de nosotros, tía Josefa... Imagínate!, Gilberto, te quiero tanto que ya no podría ocultarlo más: Si te casas conmigo tendrías que formar un hogar, trabajar... Adiós glorias, triunfos, estudios, escritos, dramas!

Gilberto.- Me has confundido, Nora, porque ha sido siempre mi ideal, reunir en mi destino las glorias de mis luchas y el amor que me liga a tí. ¿Por qué no ha de ser posible amar y triunfar? Por qué?

Nora.- Porque tendrías que renunciar a tus ímpetus revolucionarios y sin ellos tus escritos serían como fantasmas sin alma, como palabras vacías en el escenario del mundo. Aplaudirían tu ingenio para pintar caracteres, la belleza de las descripciones, lo movido del lenguaje, la pureza del idioma y las rebuscadas como atinadas metáforas. Pero un día, cansados, desearían de nuevo las pasiones violentas del alma, el clamor de los hambrientos,

el grito del inquilino contra el casero y del proletario contra el explotador! Y ya no te atreverías por temor a que cierren las puertas del pan a nuestros hijos. Ama toda la vida, a cuantas mujeres encuentres, a cuantos placeres y pasiones te brinde el futuro, Gilberto, pero jamás formes hogar. No te liques a la esclavitud, porque las águilas... ¡han nacido para volar!

Gilberto.- Te he oído pacientemente. Nora, y te agradezco tus conceptos sobre mí. No desconozco la razón y sinceridad de tus argumentaciones. Eso es parte de nuestra comprensión de la vida. Pero en la seguridad de que te crearás imposibles entre nosotros siempre, de que tu vida será difícil en cuanto a la vida espiritual, a tus sueños e ilusiones, quiero que me escuches ahora: Si alguna vez en tu vida hay un hombre que te ofrezca un buen partido, no interpongas entre tu felicidad y su ofrecimiento, mi recuerdo. No quiero ser un estorbo en tu vida.

Nora.- No podré casarme nunca, no deseo formar hogar, amo el ser libre, saborear tranquila la vida sin que nadie importune mis actos. Guardo aun tu retrato y me parecerá siempre que donde vayas me amarás y estarás pensando en mí y te oiré repetirme: "He besado tus la-

bios y no volveré a besar."

Gilberto.- Nora, eso es un tormento!

Nora.- La vida es un tormento en toda forma. Se-  
guiré así. Es platónico y, por tanto, será un sufrir  
lleno de belleza.

Gilberto.- ¿No será eso masoquismo, Nora?

Nora.- ¿Por qué no dices claramente: ¿Sadismo?  
¿Me crees capaz...?

Gilberto.- Perdóname, Nora, estoy turbado. Pero quie-  
ro que cuando llegue la oportunidad, formes tu hogar.  
Pero si alguna vez te ~~llamo~~ y tu hogar no ha puesto sus  
horcones todavía, te suplico que me ayudes. Necesito de  
ti. ✓

Nora.- Eres terco...

Gilberto.- Yo sólo conozco una ley universal que no  
quiero violar, que no puedo violar, Nora.

Nora.- (Sonriendo.) ¿Vuelves con tus leyes?

Gilberto.- Nora!, para que en la vida las cosas se  
engendren, sus engendrados deben desintegrarse. ¿No



probaron Bateson, Morgan y otros, siguiendo a Mendel, que los cromosomas de los sexos opuestos se dividen para dar origen al nuevo individuo? Toda la vida en la naturaleza se caracteriza por ese desintegrarse para integrar nuevos núcleos. ¿Las plantas dehiscentes no lanzan lejos sus semillas para que la nueva familia halle tierras propicias? Qué hacen los algodoneros y el barrigón? Mira los helechos y el polen de las flores! Las esporas de las marchantias y las yungermanias se separan para formar otros organismos. Como en los helechos, como en todas las cosas, el hombre crece en su familia, pero debe separarse para formar una nueva. Como las hidrarias, cada pólipo que se separa formará una nueva familia. Desde la ameba al coral, desde el coral hasta los peces, toda la vida la rige esta ley. Nora, la vida entera es esto. Se forman los frutos en los árboles y ruedan aquí y allá para formar otra familia. Crecen los polluelos en el nido de los turpiales, pero cuando las alas están fuertes, abandonan a sus padres en pos de un nuevo nido. Deja la reina abeja la colmena y tras de ella marchan los zánganos para formar la nueva colmena. Nora, ten en cuenta que somos como esporas, para que la vida continúe, crece la familia, crea

los retoños, envejece y el retoño forma otra familia. Lo viejo debe fenecer, es ley inevitable, la vieja familia se ha de desintegrar como en las amebas y en las esporas, para que los retoños formen otra familia. Exactamente como las esporas...

Nora.- Pero, ¿por qué hemos de ser esclavos de las leyes supremas de la vida?

Gilberto.- Nora, quien viola esas leyes sucumbe: Fruto que no abandona el árbol no da nuevo árbol. Se seca allí, pierde sus jugos y ¡qué horroroso debe ser secarse una semilla atada a la rama porque el fruto no puede desprenderse o porque se pudre antes de caer! Dijo un sabio japonés que las plantas también sufren y lo probó, tal como nosotros, como todo en el Universo.

Nora.- (Paseándose nerviosa.) ¡Es horrible!

Gilberto.- (Tomándola del brazo.) ¡Nora!

Nora.- ¡No puede ser! ¡No quiero ser culpable de haber destruido tu vida! ¡Soy negativa en todo lo mío!

Gilberto.- Ese es el temor a la vida que te han creado.

Cuando vayas a mi lado, serás fuerte como el caobo y el roble, y nuestra familia, un reto a tu sino.

Nora.- Si eso pudiera ser así...

Gilberto.- (Abrazándola.) Nora! ¡sólo sé que te amo!

Nora.- (Dejándose abrazar.) Tengo miedo, Gilberto...

(Gilberto la abraza, besándola tiernamente.)

#### Escena V

(La Tía Josefa, que entra con Gloria)

Tía Josefa.- ¡Qué papel más ridículo y vergonzoso!

Gloria.- ¡Nora!

Gilberto.- (Separándose turbado.) Perdónela, ella no tiene la culpa. La tomé por sorpresa.

Tía Josefa.- ¡Atrevido!!! ¡Márchese de aquí!

Gilberto.- Un momento, señorita Josefa, Nora y yo nos vamos a casar.

Tía Josefa.- ¿Quién!?

Gilberto.- ¡Nora y yo!

Gloria.- ¿Te vas a casar con él? Por fin!, Nora,  
¡Qué contento! ¡Qué felices van a ser!

Tía Josefa.- ¡Cállate, intrusa! ¿Con qué permiso!?  
¿Con el permiso de quién!?

Gilberto.- Tía Josefa, usted no debe destruir nues-  
tras vidas tan sólo por una antipatía injustificada.  
Yo tengo un porvenir que quiero ofrecerle a Nora y por  
ello deseo darle el bienestar y la felicidad que esté  
a mi alcance.

Tía Josefa.- ¡Si ella se casa con usted no será con mi  
consentimiento!

Gilberto.- Eso no impedirá que la haga feliz dándole  
cuanto pueda yo.

Nora.- (Con afectada serenidad.) Ustedes se están  
ahogando en un vaso de agua porque yo no pienso casarme.  
¿Lo oyó tía? No pienso casarme. Y en cuanto a Gilberto,  
debe saber que hay que amar mucho para llegar a un ma-  
trimonio.

Gilberto.- Lo comprendo bien, Nora. Sé leer entre lí-

neas y no voy a insistir, pero acepto esperar, acepto el plazo.

Tía Josefa.- ¡Maldito hombre!, se ha dispuesto a inmiscuirse en mis asuntos.

Gilberto.- Los sentimientos de Nora no son asuntos suyos, como no lo son míos sus creencias erróneas y sus vanas pretensiones.

Nora.- ¡Gilberto!, es mejor que te retires.

Gilberto.- Está bien, Nora. Pero no olvidaré que no eres tú quien manda en tu sino, sobre tí domina "La sombra", recuerdas?, "la sombra". La vida, enseñó Budha, es una rueda y el destino, una flecha disparada, cuyo lugar de caída el hombre busca incesantemente. Como la fuerza de gravitación, la piedra lanzada al aire ha de volver a la tierra y el agua escapada del mar, a las aguas del río. Así nuestras vidas pasan por las pruebas de un Karma y vuelven a esas pruebas en pos de una nueva purificación hasta que al fin sean elementos puros. Son leyes universales que ni tu tía, ni Dios, ni nadie pueden cambiar porque lo que fué dispuesto en principio será hasta la consumación de los siglos.

Tía Josefa.- Bueno, ya ha hablado demasiado, ¡márchese!

Gilberto.- (Tomando las manos de Nora.) Nora, ahora repito en mi mente las palabras del Señor en la cruz.

Nora.- (Apretando las manos de él.) Y yo repito el primer verso de la segunda estrofa de "Patria" de Ricardo Miró.

Gilberto.- (Le mirará sorprendido.) ¡Mi frase favorita! ¡Qué raro! Hasta ahora no vengo a notar que en tu nobleza hay como un otro yo, como si mis semillas revolucionarias tuviesen el primer propagandista en tí. Ahora lo comprendo, Nora, y te lo agradezco.

Tía Josefa.- ¿Tendré que llamar un policía?

Gilberto.- Perdona, "señora", me voy.

Tía Josefa.- Señorita.

Gilberto.- Señorita.

Tía Josefa.- Eso es.

Gilberto.- (Se acercará al público para retirarse.)

"Revuelvo la mirada y a veces siento espanto!"

(Se quedará un rato pensativo.)

"cuando no veo el camino que a ti me ha de tornar."

(Gilberto hace mutis)

Escena VI

(La Tía Marina entra donde están Nora,  
Gloria y Tía Josefa.)

Gloria.- (Acercándose a Nora.) Hermanita, tía no debe hacer eso. El día que lo haga conmigo, aunque yo no quisiera a ese hombre, me iría con él. ¡Figúrate si saben esto en la calle! ¿qué opinión se formarán de nosotras? Me imagino que dirán al vernos pasar a nuestras espaldas: "Las condenadas."

Tía Josefa.- ¿Qué cuchicheas tú allí?, ¿ah!? Gloria?

Gloria.- ¡Nada!

Tía Marina.- Mira, Josefa, ¡esto es insoportable! ¿No puedes dejar las niñas en paz?

Tía Josefa.- ¿Y tú?, ¿qué haces que dejas que todo el mun-

do venga a mandar en tu casa? ¿Dónde estabas metida que dejaste que ese pretencioso de Martínez besara a Norita?

Tía Marina.- Estaba aquí y como sé que un instante de felicidad vale por todo el oro del mundo, los dejé tranquilos.

Tía Josefa.- ¡Marina!, ¿dejaste?, ¿permitiste que ese...?

Tía Marina (Ante el asombro de las sobrinas.)— No sólo lo permití, sino que los vi besarse. ¿Oíste? Los vi besarse. Era muy tierno para mí. Tú no tienes derecho a impedirlo. Ni nadie. Ella se resistió cuanto pudo, pero lo quiere. Le adora con pasión. Me di cuenta de ello y no iba a impedir, ya que se sacrifica por complacer tus caprichos, que se permitiese siquiera ese minuto de placer. ✓

Tía Josefa.- ¡Un minuto!, ¡qué escándalo! ¿¡Qué dirán cuando él lo diga!?! ¡Avemaría Purísima! (Se persigna.)  
¡Jesús Sacramentado!

Nora.- Déjese de santurrrear, tía, que él es incapaz de decir nada de lo nuestro. Es muy noble.

Gloria.- Además, usted es la que lo dice todo por la calle por estar haciendo ver que lo desprecia, que



no es aparente, que usted se saldrá con la suya siempre: Y por haber hablado tanto es por lo que no se atreve a aceptarlo, cuando quizá en su fondo lo estime bastante.

Tía Josefa.- (Estupefacto<sup>a</sup>.) Pudiera ser... pero, ¡lo odio de veras!

Nora.- (Mirándola sorprendida.) Bueno, esto no remediará nada. Yo quería terminar todo en otra forma y lo que han hecho es herirlo! (Volviéndose al público.) Si Gilberto escribiera otra "Malvada"... (Sonríe con amargura y baja la cabeza abatida.)

Tía Josefa.- No seas tonta, Nora, ¡ya encontrarás un gringo con mucha plata!

Nora.- No quiero extranjero! ¿Oyó!? ¡Eso es la solución de muchas de nosotras! Un amor destrozado por tal o cual motivo y un hogar con un gringo. Ja!, es como el perro robado del solar ajeno: será fiel, será servicial y en pago se le dará buena comida, pero su cariño y su recuerdo estarán con el amo que perdió!

Tía Marina.- Esas son las fuerzas de la conservación,  
Nora. Es lo primero que deseamos y amamos lo que deter-

mina todo en nuestra vida. Por eso vivimos ligados al pasado y a la historia. ~~Allí~~ tienes a tu tía: ¿Por qué es así? Ella amó a un hombre...

Tía Josefa.- ¡Que no cuentes eso!

Marina.- Si no quieres oírlo, vete!, pero se lo contaré. Es hora ya que comprendan tus ímpetus y tus caprichos!

(Tía Josefa hace mutis en forma nerviosa.)

#### Escena VII

(Los mismos, menos Tía Josefa.)

Tía Marina.- Pues sí, Nora, tu tía...

Nora.- Tía, Gloria y yo debemos saber, esto?, ¿es necesario, imprescindible?

Tía Marina.- Sí, es necesario e imprescindible para que comprendan muchas cosas! Tu tía tuvo un novio con quien se iba a casar. Una noche en una junta fué atacado y él mató a su agresor. Parece que el otro celaba sin motivos a su mujer. Lo arrestaron y, como era

de esperar, fué absuelto. A su regreso al pueblo, todos salimos a recibirle porque era muy querido, de buena familia y un buen partido. Además, había librado al pueblo de ese odioso José Zaldívar, cacique y cuatrero de primera, audaz y embrollador como ninguno! Pero tu tía, ciega por lo sucedido, creyéndose herida por lo de las faldas por medio, se dió a decir que ella "no se casaría con un asesino" y no fué a recibirlo. Cuando todos los demás del lugar estábamos allí ella se quedó en la casa. No obstante eso, él vino a casa a visitarla, dispuesto a mantener su petición de matrimonio. Ella lo despreció, le dió las buenas noches y se metió a llorar en su cuarto. El dijo serenamente que comprendía que aquello le había afectado profundamente y la hacía actuar así, pero que esperaría. Un domingo, al salir de misa, se brindó para acompañarla y ella le grito fuera de sí que ella no daba su brazo a ningún asesino. Fué un escándalo sin precedentes. Era misa de diez y toda la sociedad del pueblo estaba allí. Y para colmo de males, el Partido Liberal había pensado en él para candidato a diputado. Su acto fué intempestivamente perjudicial. El era nuestra esperanza para lograr va-

rias mejoras como el acueducto, el incinerador y el matadero.

Gloria.- ¿Y qué pasó después?

Tía Marina.- A los pocos días vendió todas sus propiedades, se marchó del pueblo y jamás se ha sabido más nada de él. El pueblo se cebó entonces en nosotras. Esa es nuestra historia. Llegada la campaña política, los conservadores arreciaron los ataques contra los liberales del pueblo y en un careo alguien se burló de la moral de los liberales como Luis Hernández, a lo que el liberal se defendió con estas palabras: "No, era Luis Hernández un mujeriego, lo que pasaba es que la mujer a quien quería era al muerto!" El chiste se propagó como ascua. ¡Ustedes no saben lo que es un pueblo! Mi novio se alejó de mí; un día apareció muerto mi padre sin que se haya sabido más nunca quién lo mató.

Nora.- Pero, ¿qué tenía que ver?

Tía Marina.- Nora, la ida de él destruyó el poderío de su familia y de sus muchos amigos. Se nos odiaba. Mi madre murió de cabanga. Nuestros tíos, perseguidos por liberales y conservadores, nos pedían que nos marcháramos.

mos para evitarnos un desmán. A ella los hombres la llamaban "la novia del muerto" y, "la puritana", las mujeres. Y no quiso abandonar el pueblo hasta que nos venció el hambre.

Gloria.- ¿El hambre?

Tía Marina.- Sí, nadie nos quería trabajar los montes, nadie nos vendía verduras, arroz, nada. Presentaban mil excusas. Decidimos vender los terrenos para comprar una casa y nadie se atrevió a transar.

Nora.- ¿Por qué?

Tía Marina.- Hicieron circular la especie de que una hermana de Luis al morir maldijo todos nuestros bienes. Algunos aseguraban que lo habían oído y otros que sí era cierto. Y tuvimos que venirnos a esta capital a trabajar, arruinadas, vencidas. Y la zaña de la gente no cejó: En el pueblo el alcalde seguía acumulando multas a nuestros terrenos declarándolos baldíos, sin limpiar, y a la casa por insanitaria. Nos vimos obligadas a venderla a un señor español en una suma irrisoria y con ese puñado de ruina, por orgullo, pagamos las multas y con los cuatrocientos pesos que nos quedaron, pusimos una venta de verduras en el mercado. Vinieron los

días de la guerra mundial: Alguien se aprovechó propagando falsedades sobre nosotras y nos vimos forzadas a dejar el negocio.

Nora.- ¿Y usted cree que...?

Tía Marina.- Ahí está el origen de su mal genio e intransigencias que aumentan con los años. Terca y obstinada, no tiene piedad: Se ha hecho dura e insensible. Y cree que es cuestión de orgullo no rectificar los errores: Seres así sobran en el mundo; si no fuera nuestra familia...

Nora.- Tía, ¡por favor!

(Se apaga la escena por un instante)

Coro.- (Sin cambiar de posición.) La vida es un pantano. Cada uno de ustedes se hunde en su destino.

(La escena se va iluminando lentamente.)

#### Escena VIII

(Dichos y la Tía Josefa, que entra al iluminarse la escena.)

Tía Josefa.- ¡Digan lo que digan, yo no las crié a ellas

por gusto y tienen que obedecerme! Así como yo lucho por ellas, ¡ellas deben luchar por mí!

Gloria.- (Entre dientes.) Verdad que sí... ¡Conmigo se chiflará!

Nora.- (Levantándose hacia el público.) Hé aquí lo que dicen los marxistas: No hay tal celo de familia basado en la libido, como asegura Freud. Es interés económico! ¿Por qué debemos los hijos ser las mercancías de nuestros padres? ¿Nos criaron y concibieron para mercarnos? ¿O somos el producto de una ilusión, de un amor que luego se puede explotar...? No vende el árbol su fruto, ni regala sus cachorros el león!... (Como reflexionando.) Dios mío!, somos las víctimas de esta sociedad. Hijos de este mismo mal, ¿seremos también los verdugos de mañana? Yo no lo quiero, ¡Virgen Santísima! ¿Cuándo!, ¿cuándo destronaremos de nosotros ese loco afán de posesión?

Tía Josefa.- ¿Qué refunfuñas allá en la puerta? Pierdes el tiempo, Nora, protestando, porque no tienes en el mundo a nadie más que a mí y debes servirme como yo te serví, con abnegación, sin entregarme a nadie para no dejarte abandonada. Desde la muerte de tu madre sólo yo he sido

tu madre. ¡Ninguno tiene derecho sobre tí!

Nora.- Lo sé, tía, y no tiene por qué sacaliñármelo todos los días.

Gloria.- (Acercándose a Nora.) Lo hace ahora que sabe que vas a trabajar de maestra. Se cree que los hombres nos buscan porque podemos ganar plata!...

Tía Marina.- Mira, Josefa, ¡ya esto me enoja sobremedida! ¡Ya no puedes seguir en esto! ¿Cuándo has trabajado tú para Nora? ¿Quién te da la plata para sostener a Nora?

Tía Josefa.- ¿De dónde crees que la saco?, ¿para qué sirve el sudar y rastrear el real por todas partes? ¿La das tú?

Tía Marina.- No la doy yo, es verdad, poco podía quedarme después de lo que sucedió. En la casa lo de nosotras no fué de nadie, tú hundiste todo lo que nuestro padre trabajó y los sacrificios y ahorros de mamá...

Tía Josefa.- No tienes por qué echarme en cara esto ahora porque...



Tía Marina.- ¡Sí y con mucha razón! Si no doy la plata de ella es porque no la tengo, pero no debe por eso callar la verdad, lo que he podido averiguar: ¡La plata que tú traes aquí es del papá de Nora!

Tía Josefa.- ¡Marina!

(Expresiones de asombro en Nora y Gloria y un ligero temblor en tía Josefa, tía Marina cobra fuerzas y deja de ser la paciente mujer y se hace enérgica.)

Tía Marina.- Ya no se le puede ocultar más. Un día verá ese señor que su paternidad es más que una obligación, y querrá conocer a Nora, llevarla consigo, ampararla, y entonces... ¿entonces?

Tía Josefa.- ¡Su padre no se ocupa de ella!

Nora.- (Mira al público asombrada y se vuelve bruscamente.) ¿Qué dicen ustedes?, ¿que tengo padre? ¿Por qué no me ha visto nunca? Yo no quiero un padre así y que no lo ocupen! ¡Tendré orgullo de poder sostenerme sola muy pronto! (Meditando.) ¿Por qué no me ha venido a ver nunca?...

Tía Marina.- ¡No sé por qué! (Mira significativamente

a la tía Josefa.)

Tía Josefa.- Dice que no necesita verte.

Tía Marina.- Sí, ¿no?

Nora.- ¡Qué pasa aquí, tía Marina! ¿Qué pasa!?

Gloria.- (Dándose un golpe de manos en la frente.)

Anjá!, ya sé. Una noche las oí discutir cuando tú estabas en el internado, Nora, y...

Tía Josefa.- Cállate!, cotorrera!

Gloria.- Cotorrera!, cotorrera, no?, ahora verá...

Tía Marina.- Cállese, Gloria. Haga el favor de callarse.  
¿Sí?

Gloria.- (Fuera de sí.) ¿Que me calle? Ahora no!  
¡Cotorrera! ¡Cotorrera! Van a saber lo que es un cotorro repitiendo. Nora, yo no les entendí entonces, pero ahora caigo en cuenta. Hablaban de que alguien quería verte y le decían que tú no querías verlo, ni saber siquiera de él. Yo creía que se trataba de Gilberto y no me preocupé porque él me decía en secreto que hacía viajes especiales para verte!

Nora.- (Abatida.) ¡Sabía yo que algo oscuro me impedía actuar, tener fuerzas para ser valiente! ¡Sombras! El lo dijo: "Sobre ti domina "la sombra", recuerdas?, "la sombra"... no olvidaré que no eres tú quien manda en tu sino." Gilberto, aunque no le ame, es sumamente noble hasta en sus secretos! ¡Justo es que yo sea cobarde!

(Se oyen pasos precipitados que se acercan)

Tía Josefa.- ¡Jesús! ¡qué será ese ruido!

Tía Marina.- Seguramente el chombo de la vecina que vendrá jumado.

#### Escena IX

(Dichos, menos Nora que ha hecho mutis y Gilberto Martínez que entra violentamente.)

Gilberto.- (Exaltado.) ¿Dónde está Nora!? ¿Dónde está Nora!? ¿Dónde está!?

Tía Josefa.- ¡Qué quiere usted con ella!?

Gloria.- (Corriendo hacia Nora.) Escóndete, Nora.  
Ese hombre tiene mirada de criminal.

Tía Josefa.- ¡Para qué quiere a Nora! ¡Lárguese de  
aquí!

Tía Marina.- Aguarda, Josefa. ¿Qué le sucede?, Gil-  
berto? (Habla dulcemente.) ¿Qué le mortifica?

Gilberto.- (Fuera de sí.) ¡Me mortifica todo! Ah!,  
¿No está Nora, no? No está... Pero, ¡yo sé quién  
es la culpable! Usted es, Josefa, usted es! ¿Qué  
conversaba con ese gringo de veinte años!? Diga! ¿Qué  
hablaba tan zalamera con el gringo ese, el pedazo de  
soldado ese!?

Tía Josefa.- (Asustada.) ¿Quién? ¿Yo? ¡No he tratado  
a ningún gringo, se lo juro! ¡A ninguno!

Gilberto.- (Avanzando hacia ella.) Ninguno, ¿no? ¡  
ninguno... ¿Qué es lo que pretende con Nora? ¡Dígalo  
ya! Yo puedo renunciar a todo, pero no merca a Nora  
con un gringo. ¿Oyó? ¡Primero la mato!

Tía Marina.- ¡Gilberto! ¿Usted no respeta esta casa?

Escena X

(Dichos y Nora que entra.)

Nora.- (Que entra nerviosa y enojada.) ¡Gilberto!  
¡Tú no tienes derecho de gritar en esta casa! Hasta ahora te he tenido una gran compasión porque... mujer al fin... ¡me duele verte amar!, pero es inútil que pretendas lo que no ha de ser tuyo. ¡Lárgate! ¡No insultes más! ¡Esta es mi casa y aquí está mi pan! ¡Soy libre de amar lo que yo quiera! ¿Oíste? ¡Estoy cansada de súplicas, lloriqueos, intervenciones!

Gloria.- ¡Nora!

Gilberto.- Tiene razón ella, Gloria. ¡Los buenos sentimientos no valen nada! ¡He perdido esta lucha! Han podido más que mis ambiciones y mi deseo de triunfar para ella, los chismes y las reprobaciones. Y yo que creí que el amor sería más fuerte que toda otra pasión mezquina... Ahora comprendo que he sido juguete de uno de esos casos psicológicos femeninos, que buscan un hombre para experimentar lo que es la vida y luego, ese triste después lleno de errores, se creen conocedoras de las flaquezas del hombre! Había alentado una pa-

sión porque creí que había sido amado realmente y veo...

Nora.- (Nerviosa.) Tú no tienes derecho a juzgar mis sentimientos: ¡Lárgate de aquí! ¡No vuelvas a tratarme más nunca! ¿Oíste? ¡Más nunca!

Gilberto.- La hoja cansada del árbol maligno deja caer su "sombra". Tenía que ser así, porque éramos esporas de un mismo fruto, semillas de un mismo amor, pero caímos en tierra árida y ¡ni Dios mismo podría remediarlo! (Retirándose.) La mujer que amo deja caer una cachetada ofensiva prefiriendo un gringo!

Nora.- ¡Lárgate y no hables más! No existo para tí.

Gilberto.- Si existes y la prueba la sabrá el mundo entero mañana. Siento como que te amo y te odio, como que no hay remedio. ¡Maldito sea el haberte conocido y besado! (Arranca a correr.)

Gloria.- ¡Está loco!

Tía Josefa.- ¡Eso lo sabía yo! ¡Así había de terminar!

Tía Marina.- ¡Lo habrán vuelto loco, ustedes!

Escena XI

(Dichas, menos Gilberto.)

Tía Marina.- Hemos sido muy crueles con él. Tan sólo eso podemos alegar.

Tía Josefa.- Yo no podía tratarlo en otra forma. ¡Ya me tenía fastidiada! Ya lo odiaba de veras, ¡lo odiaba!, esa es la palabra.

Tía Marina.- Tú has vivido odiando siempre... No sé cómo te cae bien ese gringo. Comprendo que él tampoco se ha equivocado.

Tía Josefa.- Pues sí se ha equivocado porque ese gringo es para mí.

(Gestos de estupor.)

Gloria.- (Como quien recuerda.) ¿A ver ese gringo es que nos dijo esta mañana que iríamos?

Tía Josefa.- Sí. Ya es hora. Vamos.

Gloria.- ¡Yo no voy!

Nora.- Gracias, Gloria. El fruto germina en mí

vida. Por un momento creí que era valiente, que había dejado de ser cobarde y que mis impulsos eran reales, pero no! Siento que me han impulsado las circunstancias: Los chismes, los bochinches, las exigencias de familia... Somos esporas de un mismo fruto y, caminos opuestos, nuestras culpas, tenemos que pagar.

(Las jóvenes del coro se ponen en pie. Parecen acercarse más a candilejas. Las capuchas le caen en el rostro. Tras de ellas la escena va oscureciendo. Vuelven a mirar a todos lados mientras, detrás, Nora se abraza a Tía Marina. El coro se vuelve al público, se llevan los índices al labio de la compañera.)

Coro.- Ssss... Ssss... Ssss...

(Cae el Telón para dar Fin al Segundo Acto.)



## ACTO TERCERO

### DOBLE INJERTO PSIQUICO

Al descorrerse el telón, la escena está en penumbra, de manera que no se distinguen los objetos. Desde el foro se mueven en silencio y lentamente las figuras del Coro en sus capuchas. Poco a poco, haciendo altos, avanzan hacia candilejas. Se detienen allí, levantan al cielo sus brazos envueltos en anchas mangas que simulan capas, luego descienden por una escalinata hacia el público. Al pie de la misma, se postran en silencio, hunden su cabeza entre los brazos en el suelo, en genuflexión y lloran. Parecen quedarse dormidas y la escena se ilumina de un ténue azul.

El escenario representa las afueras de un caserío. El telón de fondo simula bosques de plátanos, mangos, naranjas y otros frutos, dispuestos en tal forma que

da la impresión de que muy lejos pasa un camino de carreta. Los varales están ocultos tras enormes guachapalies y quillais. Cerca de candilejas izquierda sobresale la fachada de un rancho rodeado de ambiente campestre humilde. Desde las herces, la luz tenue da la sensación de luna menguante.

Al iluminarse un poco más la escena, Nora sale al portal y se sienta en un taburete. A lo lejos, detrás del foro se oye la música de tambor y holgorio de una fiesta del San Juan.

#### Escena I

(Nora sola, paseándose y pensando en alta voz.)

Nora.- Hemos hecho esta romería para atraer el interés de las autoridades hacia este pueblo y hacerlo prosperar! Así como en otros lugares he logrado hacer progresar a la gente, espero lograrlo aquí también. No, está mal. ¿Qué diría Gilberto si me oyera!? Hay que ser desinteresados en nuestra misión terrena. (Se acerca al público.) Parece mentira, pero Gilberto es

mi verdadero guía y maestro en mis horas de martirio y trabajo. (Pausa.) Le oí tantas veces predicar el sacrificio, la abnegación, el respeto por la causa de los miserables... Y sin embargo, se ha casado! (pau-  
sa larga.) Adiós sus teorías revolucionarias. Debe haber abandonado a la masa para dedicarse a sus hijos. ¡Las cosas de la vida! Yo me negué a darle mi surco para que sembrara la semilla de su herencia y él ha sembrado en otro, ~~en otro~~ los instantes que son míos! El ha dejado de arar en el apostolado que se creara y ha encontrado un templo en mi pecho lleno de fe en sus principios. (Pausa.) Quizá éste sea uno de los altos juicios de Dios: En otra dejará su carne y en mí sus ideas. Quizá nuestro amor era eso: Amor de espíritu que no puede usar la carne para prolongarse por los siglos de los siglos. (Silencio largo mientras camina de un lado a otro del patio del rancho.) El camino está oscuro y falta una lámpara...

Coro.- (Abajo.) Señores, el camino está oscuro y falta una lámpara!

(Se retirará a su rancho.)

Escena II

(Salen Nora y la tía Marina.)

Tía Marina.- ¿Qué te propones ahora con esta fiesta, Nora? Parece que no escarmientas. ¿Qué van a decir de tí? Todas estas fiestas degeneran en jumas, parrandas, pasiones llenas de celos y duelos a machete.

Nora.- En Dios he puesto mi suerte, tía. Me juego una carta decisiva.

Tía Marina.- ¿Y qué te propones?

Nora.- Los hechos buenos deben aparecer repentinamente, tía. Se incuban por meses y un día aparecen. Por eso parecen milagrosos. Por ello, los hombres pudieron creer hasta el medioevo en la generación espontánea hasta que Pasteur demostró que ocultamente germina la vida de los infinitamente pequeños por semanas... Callan el sabio y el científico sus descubrimientos y una vez decididos, entregan sus obras a la experiencia de los otros, en espera de la gloria o la diatriba. Así esperaré yo.

Tía Marina.- Niña mía, me parece que en tí hay un sér

muy distinto del que educamos. ¿Qué ideas perturban tu cerebro, Norita? ¿Qué cosas martirizan tu imaginación? A veces el diablo se convierte en mundos halagueños para tentarnos. (Volviéndose al público y mirando hacia el cielo.) ¡Dios mío!, último castigo a nuestra soberbia fuera que abatieras su orgullo volviéndola loca! (Agarrando a Nora bruscamente.) ¿Qué tienes, Nora?, ¿qué ves allá lejos?

Nora.- (Mirando lejos.) ¿Verdad, tía, que he cambiado? ¿Verdad que soy distinta? ¡Ya no soy la cobarde de antes!

Tía Marina.- Sí, parece que te estuvieras volviendo loca. (Hacia un lado.) Señor, ¿qué sería de mí si se volviera loca?

Nora.- (Mirando sin ver.) ¿Loca? Muchos padres han distraído la grandiosidad de muchos cerebros por temor a verlos locos y así apagaron la luz que ellos veían llegar.

Tía Marina.- ¡Nora!

Nora.- (Dando unos pasos hasta el borde del escenario.) ¿Verdad, tía, que somos como esporas? ¿El y

yo? Hay esporas que siebran en otros su germen creador y luego mueren. Soy la espora que germina cuando él muere. Ahora veo la luz y avanzo iluminada. Veo mundos que se forjan distintos a los de hoy. Ya cesan los gritos de los heridos y las madres viudas de la guerra! ¡Qué estoicas son las caras!, ¡qué distinto es el pueblo! "No matarás!" Hay un hombre a quien todos siguen. ¿Usted no lo oye? Dice: "Todo lo que a la tierra fué dado es de Dios y no lo pelearéis porque esto es el Reino de Dios. No adorarás ídolos humanos, que el amor lo dará Dios al ser y de alma a alma ha de crecer para que el placer de la carne no ciegue la obra del Señor." ¡Es él, tía, es él! Su misma voz. Ahora comprendo por qué tenía algo de piadoso en sus anhelos de bien. ¡Lleva la voz del Señor!

Tía Marina.- Nora!, ¡blasfemas!

Nora.- ¿Qué blasfemo, tía? Veo la luz del futuro porque la semilla ha germinado en mí y creo en que podré sembrar el bien por doquiera vaya. Somos como esporas, tía. ¿Lo comprende ahora? Su semilla es maná del Señor. ¿No lo dijo ~~él~~ <sup>Dios</sup>? Sí, tía, su semilla ha muerto y en mí da sus frutos. Lo único que él sabía

ser humano y divino a la vez.

Coro.- (Abajo, como recitativo.) En el hombre  
da sus frutos el Señor. Preparaos, que la semilla no  
muere en el tiempo... (Silencio.) No muere en el tiem-  
po... (Transición.) No muere en el tiempo, porque en  
el hombre da sus frutos el Señor. (Silencio largo).

Nora.- Yo soy tu semilla, Señor, y oigo, cual es-  
pora, tu llamada.

Tía Marina.- Dios mío!, está loca!

Nora.- ¿Loca yo? (Volviendo en sí.) ¿Loca, tía?  
No, pero siento que alguien me ha dado libertad y puedo  
dirigir mis actos. De verdad, ¡soy otra!

Tía Marina.- Nadie es enteramente libre...

Nora.- No para hacer el mal, que el bien entra has-  
ta por el cerrojo de una cárcel. Tía, algo extraño ha  
sucedido, pero siento valor para hacer no sé qué. Pa-  
rece que en el mundo de mi vida ha pasado algo extraño,  
ha ocurrido un no sé qué.

Tía Marina.- (Tomándola del brazo.) Todavía amas a  
Gilberto, ¿verdad?

Nora.- Nunca se lo he negado, tía. Cuando los años pasan, siento más haberlo perdido. ¡Casado!, quién lo creyera! Y sin embargo, demoré tanto para hacerlo!... Sus cartas se amontonaron en mi cofrecito de nácar con mis lágrimas. La última lo decía todo: "Si el casarse fuera una prueba de que autodecidimos nuestra vida, ten la seguridad de que sólo viviría ligado a tí. Me caso porque esta soledad, esta falta de madre, este horror de vivir como un autómeta, me ha llenado de temor de mí mismo y he necesitado de quien me sosiegue. Pero mi alma, mis ilusiones y doctrinas siguen puestas en tí, en la actitud del marinero que se aleja de la costa y sigue con la vista clavada en la playa."

Tía Marina.- Te la sabes de memoria...

Nora.- En los momentos que lo recuerdo, sus cartas y sus frases, sus súplicas y sus ideas, se repiten en mí como un clamor de mi propia conciencia. Su carta anterior dejó huellas hondas en mí ser hasta el punto de que la recuerdo exactamente: "Coopera con el que ha menester, no importa que otros injurien tu labor. Piensa siempre en el que necesita de tí. Derrama tu bondad que es tan buena semilla como las otras. Es vano que te